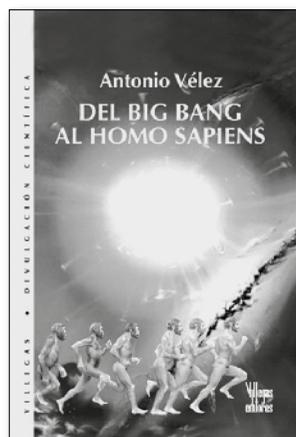


Antonio Vélez Montoya

Del Big Bang al Homo Sapiens

Del Big Bang al Homo Sapiens
Antonio Vélez Montoya
Villegas Editores
Medellín, 2004
576 pp.



Tomado de <https://goo.gl/Ma5ySK>

En esta bellísima edición elaborada por la Universidad de Antioquia en su colección de Interés General, el doctor Antonio Vélez Montoya, máster en Matemáticas de la Universidad de Illinois, ha dado a conocer una obra que en el fondo no es más que filosofía de la ciencia. Todas las ramas del saber se han separado de la filosofía en diferentes épocas y bajo diversas circunstancias.

La portada de este libro fue inspirada en una obra de René Magritte y diseñada por Ana María Vélez, hija del matemático antioqueño. El libro tiene trece capítulos como desafiando la gravitación ominosa de esa cifra; con 576 páginas útiles de superficie textual, esta obra no comienza, como supondría el lector, a la manera de los libros de Henri Laborit o Jean Charon, desde los cúmulos galácticos hasta las formaciones celulares, del astro al protoplasma. Empieza casi con un recuento de las bases químicas de la vida; en realidad, la primera parte, ya que el libro tiene dos, es un tributo rendido a la inteligencia de Charles Darwin por haber descubierto las leyes evolutivas que la genética y la bioquímica de hoy se encargan de ratificar. La segunda parte inicia con el abordaje de lo que suponemos es más el área del profesor, la astrofísica.

¡Qué duda cabe del aporte que hace la Universidad de Antioquia a la cultu-

ra colombiana con libros como estos que son semilleros inagotables de inquietudes intelectuales! Como advertía Hans Reichenbach, cada vez que un científico —de la especialidad que sea— habla de ciencia, hace una suerte de lecho de Procusto en el cual acuesta a sus temas preferidos para someterlos al tira y afloje de sus tendencias. Cada uno hallará un interés creciente hacia un lado u otro del libro aunque para mí es sucumento de principio a fin.

No hay nada nuevo en los datos que el ilustre antioqueño aporta para llevar de la mano al lector y este, de alguna manera, concluya que la evolución se reorganiza a sí misma mediante ciertos mecanismos sin necesitar para nada —al menos de modo visible— de un ser todopoderoso y al margen del proceso evolutivo. Nos parece de especial valor el cúmulo siguiente de inquietudes de este libro que más parece obra de biólogo o bioquímico que de experto en álgebra vectorial.

En la página 83 (Parte 1) se dice que *la Natura* sí juega a los dados. Ello implica que en la disputa entre el padre del relativismo y los primeros mecánicos cuánticos, la naturaleza apostará por los últimos, a pesar del poco “amparo” que ofrecen. Al lógico tradicional le huele mal que haya temas o asuntos que no puedan gobernar-

se por leyes exactas, así vengan de cálculo de probabilidades. Esa aseveración de la debilidad tahúra de la Natura se cita en la página 83. Una página antes, el Dr. Vélez Montoya hace una aseveración —que no sé hasta qué punto es suya—: “la muerte es el gran descubrimiento de la vida”. Para mí, simple aficionado a la necrología y a la tanatología, pienso que al lado del *bios-logos* está el *necro-logos* como fondo de todo, esta frase resulta algo más que sugestiva.

Frente a esa terrible angustia de un Jacques Monod, por ejemplo, de saber los alcances tanto del azar como de la necesidad, el Dr. Vélez Montoya dice: “el azar decide el rumbo que debe seguir”. Un teólogo diría que la voluntad de Dios se confunde con el aparente azar, llamado así por la ignorancia matemática del hombre. El sistema que Vélez indica para que funcione “racionalmente” el azar se llama *Orden por fluctuaciones*.

En la página 84, el Dr. Vélez comenta de manera inteligente como defensor del evolucionismo ante cualquier fiscalía ingenua: “el sistema se auto organiza (corrige)”. Pero ello no implica que busque fines, propósitos. El proceso evolutivo no es teleológico sino teleoforme. En la página 224 repite este tema apasionante. Nosotros usaríamos la palabra *teleomorfa*: ¿No tiene fines o carece de propósitos la evolución? ¿Hacia qué aspira o quien sembró un mecanismo de búsqueda, de perfectibilidad en los sistemas que ella usa?

Vélez Montoya no escatima valor para tratar temas que apasionan a los intelectua-

les más avanzados de todos los tiempos. Por ejemplo, el tema del origen de la vida, del cual hace un didáctico resumen no exento de humor. Da la sensación que alguien se hace materialista porque no haya algo más a la mano. En la página 214, por ejemplo, se habla del paso de lo *in-orgánico* hacia lo orgánico. No se trata de hacer altares al estilo del *élan vital* de Henri Bergson, pero tampoco decir que los coacervados oparinianos son incontrovertibles como etapa prebiótica.

¿Si todo esto no busca nada, para qué existe? Si no hay teleología, ni siquiera teleonomía sino simplemente algo que avanza con teleoforma, ¿quién inyecta los mecanismos de corrección, de autoorganización como dice el ilustre intelectual paisa? (¿Quién o Qué?).

Realmente esta obra, editada en mayo de 1994, con dos partes, una de Genética y Evolución y la otra de Astrofísica y Evolución —algo así como micro y macrocosmos revueltos con evolución— dará mucho de qué hablar tanto al que la lea con fines de academia como a los filósofos e intelectuales interesados no solo en embelecidos, como llamaría Rubén Sierra Mejía a tanto embrollo de palabrería huera del posmodernismo, sino en los temas eternos, si es que hay algo eterno que quiera saber del hombre.

DANIEL POTES VARGAS

Escritor, poeta y ensayista,
traductor de textos literarios y científicos.